

Novena Semana del Tiempo Ordinario

Solemnidad de la Santísima Trinidad

(Año Impar. Ciclo A)

Domingo

Lecturas bíblicas

a.-Ex. 34, 4-6.8-9: Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso.

En esta lectura encontramos la renovación de la Alianza y Yahvé se manifiesta misericordioso con su pueblo. El pueblo ha llegado al Sinaí, luego de su salida de Egipto. Durante la travesía Yahvé se ha mostrado solícito para con su pueblo, defendiéndolo en los peligros y como respuesta el pueblo se ha comprometido a cumplir con el pacto (cfr. Ex.19,4; 24,3-7). Pero sus palabras parecen ser vacías de contenido, ya que recién concluido el primer pacto, Israel conoce la idolatría adorando al becerro de oro. Es la intercesión de Moisés quien logró la restauración de la Alianza, lo que consigue la historia de la salvación continúe siendo posible (cfr. Ex.32.33.34). Ahora Yahvé manda a Moisés tallar las nuevas tablas de la Ley, es el encuentro con Dios, cuya majestad desciende ante el hombre de fe (cfr. Ex.34,5) Moisés invocó a Yahvé en la cumbre del Sinaí y Dios responde con una teofanía en la que se presenta en la como el Dios compasivo, clemente, paciente, misericordioso y fiel (v.6; cfr. Ex.33, 17. 20). Israel sigue siendo la heredad de Yahvé, no por sus méritos propios, sino por la misericordia y el perdón divino, que siempre está presentes coronado el actuar de Yahvé (cfr. Nm.14,18; Sal. 86,5). Si bien Moisés no ve a Dios, pero sí siente su acción gozosa, tampoco el pueblo lo vio, comprenden su forma de actuar y la aceptan. Quizás nosotros deberíamos recitar con mayor frecuencia esta plegaria de Moisés.

b.- 2 Cor. 13,11-13: La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo.

El apóstol, se despide de sus amados hijos con una exhortación, a vivir la vida cristiana con una meta la santidad bajo la mirada de Dios Trinidad. Lo primero es cultivar la alegría, signo de los tiempos mesiánicos, medio de comunión entre los miembros del Cuerpo de Cristo (vv.11-12 cfr. 1Cor.12, 26; 2Cor.1,24). Manifestación de esa fraternidad es el beso litúrgico, el ósculo de la paz (v.12; cfr. 1Cor.16,20; 1Ts.5,26). Como sello de la vida comunitaria cada miembro debe vivir en paz y en amor, signo de la presencia de Dios en la asamblea. Todas estas virtudes cristianas no tendrían ningún sentido sino fueran orientadas a vivirlas de cara a la Santísima Trinidad, como respuesta a la revelación de su presencia en la vida del cristiano (cfr.Rm.15,16; 1Cor.2,10-16; 2 Cor.1,21-22; Gál.4,6; Ef.1,3.13-14). Se trata de inhabitación trinitaria, en el alma del cristiano, la intimidad divina, que construye apóstoles y santos a lo largo de la historia de la Iglesia.

c.- Jn. 3,16-18: Dios mandó a su Hijo al mundo para que se salve por ÉL.

El evangelio nos presenta parte de la entrevista de Nicodemo con Jesús y la necesidad de nacer de nuevo, nacer del Espíritu (cfr. Jn.3,3-8). El diálogo ha terminado en un monólogo donde la entrega del Hijo por parte del Padre por amor a la humanidad lo que trae salvación para quien cree y de condenación para quien no cree. El amor del Padre por su Hijo lo lleva a entregarlo por amor y su elevación a la cruz del Enviado es la que trae la posibilidad de la vida eterna. La revelación quiere poner el acento en el inmenso amor del Padre que señala Jesús y el don del Hijo para la salvación del mundo y no para su condenación. Este diálogo con Nicodemo nacido en un ambiente estrictamente judío, adquiere un carácter universal, al hablar del infinito amor de Dios por el mundo (v.16). Pero este don del Padre, el Hijo, suscita la realidad del juicio, por ello, a pesar del don del Hijo enviado para la salvación, y no para un juicio del mundo (v.17), habrá

un juicio fruto por el rechazo de la salvación que comunica el Enviado del Padre. Si bien la fe conduce a la vida y evita la condenación eterna, su rechazo no lleva a la vida, sino a la condenación, a la muerte. La propia condenación es fruto de las malas acciones, inspirada por las tinieblas (v.18). Ahora es el tiempo de discernir del hombre ante la revelación del Padre, proclamada por su Hijo, la respuesta del creyente es trabajo diario ante la acción perenne del Padre del Hijo y del Amor del Espíritu Santo.

San Juan de la Cruz, señala que el amor y gozo que vive la Santísima Trinidad la puede vivir el creyente. La comenzamos a vivir en lo interior, si somos conscientes de nuestra condición bautismal, es decir, saber que somos auténticos hijos de Dios y como tales debemos vivir; templos donde habita el Espíritu Santo. “En ti solo me he agradado, / ¡Oh vida de vida mía!./ Eres lumbre de mi lumbre, /eres mi sabiduría,/ figura de mi sustancia,/ en quien bien me complacía./ Al que a ti te amare, Hijo, / a mí mismo le daría, / y el amor que yo en ti tengo /ese mismo en él pondría, /en razón de haber amado / a quien yo tanto quería” (Romance sobre el evangelio de Juan. “In principio erat Verbum” R. 2, 65-76).

P. Julio González C.